

Entrevista con Armando Bartra* Mirando al Sur: México y los Foros Sociales Mesoamericanos

Kristina Pirker

El lanzamiento público del Plan Puebla-Panamá por el gobierno mexicano fue, sin duda, la motivación inicial para que se reunieran organizaciones civiles mexicanas y centroamericanas en el año 2001 en Tapachula, Chiapas. La propuesta de integración regional "desde arriba" y la escasez de información sobre alcances, limitaciones y peligros del Plan planteó la necesidad de construir mecanismos de integración "desde abajo", entre organizaciones civiles, gremios y asociaciones campesinas. Desde entonces se han realizado cuatro Foros Sociales Mesoamericanos y tres Encuentros Campesinos en Chiapas, Guatemala, Nicaragua y, por último, Honduras. El acercamiento entre las organizaciones, principalmente las de Centroamérica, se apoyó en algunos antecedentes, como por ejemplo, el trabajo de la iglesia en muchas comunidades indígenas y mestizas, los contactos entre organizaciones campesinas a través de la coordinadora regional para Centroamérica y el Caribe de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) o las movilizaciones en torno a la conmemoración de los 500 años de resistencia indígena, negra y popular en 1992. Lo que distingue el momento actual de intentos previos para establecer mecanismos de coordinación, como por ejemplo redes regionales de organizaciones sociales, es la presencia de organizaciones mexicanas.

Mientras el debate en torno a las ventajas y desventajas del Plan Puebla-Panamá ha perdido fuerza, los foros sociales y los encuentros campesinos mesoamericanos están ante la disyuntiva: servir principalmente como una plataforma para denunciar los megaproyectos de explotación de los recursos naturales y de reorganización del espacio en función de los intereses de las corporaciones transnacionales, o convertirse en un nuevo sujeto social regional (conformado por organizaciones arraigadas en sus contextos nacionales) con su propia propuesta política en función de un modelo de desarrollo alternativo. Todavía es difícil visualizar todas las posibilidades de este

* Esta entrevista se realizó en marzo de 2003 en el Instituto Maya, Ciudad de México. Agradezco la ayuda de Irene Sánchez Ramos en la edición de la entrevista.

actor, pero el hecho de que los encuentros regionales se hayan mantenido y de que la próxima reunión se esté preparando para el verano de 2004 en El Salvador permite, hasta este momento, ser optimista con respecto a su vitalidad y potencialidades.

Resulta sumamente interesante, dadas las circunstancias, entablar una conversación con Armando Bartra sobre esta red regional de organizaciones sociales que se ha autodenominado *Movimiento Social Mesoamericano*. Nuestro entrevistado ha acompañado la construcción de las redes desde sus inicios, asistiendo a los cuatro *Foros Sociales Mesoamericanos* y a los tres *Encuentros Campesinos* que se han realizado del 2001 a la fecha. Pero su interés por el sur data de mucho antes, como lo demuestran sus investigaciones sobre las plantaciones en el sureste mexicano durante el Porfiriato. Autor de varios libros y artículos sobre la región,¹ Bartra es actualmente director del *Instituto Maya*, una asociación civil que realiza investigaciones en torno a la problemática rural y presta asesoría a cooperativas y organizaciones campesinas.

La entrevista se divide en tres ejes principales: 1) las condiciones políticas, económicas y sociales que han llevado a la constitución de una red de organizaciones sociales, 2) los actores (organizaciones no gubernamentales, gremios, organizaciones campesinas, etcétera) que las conforman y 3) las potencialidades y limitaciones de lo mesoamericano como referente identitario.

Un tema recurrente a lo largo de la entrevista es la relación, no siempre libre de conflictos, entre México y los países centroamericanos, la cual muchas veces no es reconocida porque la atención se fija primordialmente en las relaciones desiguales entre México y Estados Unidos. Tener la mirada puesta no sólo en Estados Unidos sino también en el sur significa además, así lo señala Armando Bartra, tomar conciencia de estas otras asimetrías.

– En la página de Internet del Tercer Foro Mesoamericano (Managua, julio de 2002) aparece una frase tuya muy parecida a una consigna: “En Managua habrá propuesta y habrá sujeto”. ¿Según tu opinión, se puede hablar de la existencia de un movimiento social mesoamericano?

– No. Hay una serie de premisas que hacen factible que esto suceda, pero no creo que en este momento se pueda hablar de un movimiento mesoamericano hecho y derecho, en el sentido de que existan procesos coordinados de movilización social, con un discurso, un programa, una interlocución, una estructura consolidada. No han embarnecido, pues, verdaderos sujetos regionales protagónicos.

¹ Véanse, por ejemplo, sus trabajos: “La invención de Mesoamérica”, en *Plataforma Campesina Mesoamericana*, México, Circo Maya; “Hacia una nueva colonización del sureste”, en Alejandro Álvarez et al., *Economía política del Plan Puebla-Panamá*, México, Itaca, 2002; “Sur. Megaplanes y utopías en la América equinoccial”, en A. Bartra (compilador), *Mesoamérica. Los ríos profundos*, México, El Atajo, 2001; *El México bárbaro: plantaciones y monterías del sureste durante el Porfiriato*, México, El Atajo, 1996.

Sin embargo hay un proceso de convergencia, de acercamiento, de diálogo y, sobre todo, una serie de condiciones que lo favorecen, que lo propician, diría yo, que lo demandan. Y en este sentido es que hay una fuerte posibilidad de que tal movimiento surja.

Por el momento lo que existe son acercamientos, encuentros e intercambios que son nuevos en cuanto a la naturaleza y la dinámica que han adquirido en los años recientes, pero tampoco surgen de cero. La colindancia de los países centroamericanos entre sí los ha llevado a una interacción política estrecha, misma que ha sido de sus gobiernos, pero también de sus pueblos, de sus sociedades. Por la pequeñez y debilidad de las economías regionales se ha dado una serie de intentos de integración por parte de los gobiernos. Proyectos que tuvieron su auge hace unos treinta años y buscaban articular las cadenas industriales y fortalecer los intercambios locales en una suerte de integración hacia adentro que hoy sería muy difícil plantear. En esto México –que en términos relativos es un peso completo mientras que los centroamericanos son peso pluma– simplemente no pintaba. Y es que nuestro país, el presunto “hermano mayor”, siempre ha tenido con los del istmo relaciones muy asimétricas, muy desfavorables para los centroamericanos.

Pero estamos entrando en una nueva fase con características también nuevas. Hay en Centroamérica una crisis agrícola. Y ésta se da en países con una población muy importante que aún es dependiente de la agricultura, en países cuya economía sigue muy ligada a la agroexportación. Y es que los precios de las materias primas de origen agropecuario están por los suelos (un caso paradigmático es el del café), lo que genera una crisis de exportación en países que en términos genéricos fueron “países bananeros” (en el sentido metafórico de la palabra), pero que en los últimos cinco lustros reforzaron ese carácter al desmantelarse la agricultura alimentaria de mercado externo con vistas a reforzar a toda costa la inserción en el mercado mundial.

Estamos hablando principalmente de Honduras, Guatemala, Nicaragua, países que carecen casi por completo de reservas de granos, que no tienen ninguna seguridad alimentaria. Naciones que, en muchos casos, son incapaces de producir sus propios alimentos pero que en situaciones de emergencia tampoco están en condiciones de importarlos, pues no tienen divisas para ello.

Esto sumerge a la región en una crisis social generalizada, uno de cuyos componentes mayores es rural. La crisis se expresa de muchas maneras, entre otras, profundizando la migración, que en países como El Salvador es un verdadero éxodo. El peregrinar más deseable para los desahuciados sociales es rumbo a Estados Unidos y para los centroamericanos que van por tierra el trance supone cruzar México. Hay pues una creciente migración centroamericana que recorre el país, mezclándose con los propios trashumantes nacionales. También el sur de México está en crisis y también entre sus pobladores se generaliza la compulsión migratoria.

Hay una serie de factores que hace que en términos territoriales Mesoamérica, esta región que formalmente incluye el sur-sureste del país y toda Centroamérica, comparta sus crisis. Porque el sureste mexicano ha sido siempre una suerte de

"país bananero", un ámbito definido por economías de enclave y muy semejante en sus perfiles, incluso históricos, a los otros países centroamericanos.

Pero la crisis mesoamericana no es sólo del sector agrícola de la economía; lo es también de la sociedad rural, donde se expresa en descomposición comunitaria; migración compulsiva; proliferación del narcotráfico y estrategias de sobrevivencia delincuenciales; surgimiento de identidades supranacionales perversas y patológicas como las Maras; ingobernabilidad; agudización de conflictos, etcétera. Crisis profunda, estructural, pues se trata, en realidad, de una crisis del modelo de desarrollo extrovertido y, en países que fueron coloniales y luego neocoloniales, desde hace rato globalizado. Y los costos sociales de esto son para toda la población, pero resultan particularmente graves en el campo.

Se trata, además, de una crisis que en lo tocante a sus daños sociales es premeditada, es intencional, porque desde hace quince o veinte años los gobiernos de la región se propusieron dismantlar la agricultura de mercado interno. En Centroamérica, en América Latina y en todo el mundo "subdesarrollado", los neoliberales decían: "vamos a acabar con una agricultura campesina de granos básicos que es ineficiente, de bajos rendimientos, sin tierras adecuadas; en cambio vamos a potenciar más la agricultura de exportación: café, caña de azúcar, plátano, cacao, hortalizas". La idea era dismantlar aquello en lo que presuntamente no se tenían "ventajas comparativas" y, paralelamente, reducir el número de campesinos. Eso era la "modernidad".

Los tecnócratas admitían que la reconversión tendría efectos colaterales, pero que sin embargo serían más que compensados con el impetuoso crecimiento económico que se iba a provocar. Pero desde los años ochentas estamos esperando y no llega el anunciado crecimiento que permitirá restañar el daño social resultante del redimensionamiento del sector agropecuario.

La crisis mesoamericana se asocia también con el agotamiento del modelo de industrialización sobre la base de la industria de montaje. Esto, en la idea de que la fragmentación de los procesos productivos hace que países con mano de obra barata, legislaciones laborales y ambientales laxas, Estados corruptos y muy necesitados de "ahorro externo", es decir, de inversión, sean receptores idóneos de una industria maquiladora, que en el caso de México por un tiempo se benefició de la frontera con Estados Unidos. Pero esta etapa, que duró quince o veinte años, ya se agotó. Y en nuestro caso difícilmente se va a recuperar. No es un problema del crecimiento de la economía estadounidense, esto lo agudiza, pero aún con expansión económica en Estados Unidos México dejó de ser atractivo. Por el momento Centroamérica lo es un poco más, pero finalmente el oriente resulta ser mucho más barato en términos de mano de obra.

Hay otro factor que coadyuva a hacer del istmo del continente una región propicia a la integración desde abajo, desde los pueblos. Y este es que Mesoamérica es reservorio mayor de los pueblos originarios americanos. Hay ahí otros sectores étnicamente diferenciados, como la población afro-latinoamericana, pero es más numerosa la población indígena autóctona. Y los indios están siendo muy visibles, muy protagónicos, desde hace cerca de quince años.

– *¿Esto tiene que ver con 1992, cuando se organizaron en toda la región movilizaciones para conmemorar los 500 años de resistencia en oposición a las celebraciones oficiales?*

– La conmemoración tiene que ver, pero no es el único factor. Porque el proceso de aparición de las etnias, de los pueblos originarios, es un fenómeno en cierto modo planetario. Se corresponde con un fenómeno más amplio: el reconocimiento de que hay minorías culturales, lingüísticas, religiosas, pero también de opción sexual, algunas de las cuales tienen profundas raíces históricas, pero otras no. Aunque todas tienen derechos.

En el caso de los indios se trata de pueblos que ya no desean –o quizá nunca desearon– una incorporación con pérdida de su identidad, sino una participación económica, social, política y cultural, en un plano de igualdad. Estos pueblos y minorías de todas clases reivindican el reconocimiento de la diversidad como virtud.

En Mesoamérica estas presencias sociales han ido cobrando cada vez mayor visibilidad y desde hace diez o quince años manejan estrategias orientadas al reconocimiento de sus derechos autonómicos. En Guatemala, donde más de la mitad de la población es originaria, el movimiento tiene muchos años. En los ochentas dio lugar a una guerrilla de base indígena –con reivindicaciones generales, pero también étnicas– que al pacificarse negoció una reforma constitucional que reconociera los derechos de los pueblos autóctonos; mudanza legislativa que por cierto sigue pendiente. También en el sureste mexicano el movimiento indígena tiene muchos años y desde siempre ha tenido contacto con el de Guatemala y más recientemente se ha acercado al de otros países.

No estoy hablando de 1994 a la fecha, o de 1992 a nuestros días, esto viene de muchos años más atrás. Y es que una de las corporaciones, regionales y globales, que desde hace décadas ha sido sensible al movimiento indígena es la iglesia católica. Ésta lo ha sido antes y más que los partidos políticos de izquierda, que no siempre fueron proclives al movimiento agrario y casi nunca fueron receptivos con el movimiento indígena. La excepción son pensadores marxistas como el peruano José Carlos Mariátegui; pero en términos generales la izquierda socialista, engolosinada con el proletariado como fruto de la modernidad, no supo reconocer como importantes estos procesos sociales rústicos.

La iglesia, en cambio, ha tenido presencia importante tanto en Guatemala como en el sureste mexicano; ámbitos donde colaboró al darle visibilidad al movimiento indígena. Esto tanto en la línea culturalista, que reivindica lengua, artesanía, folclor, etcétera; como en estrategias más duras que reivindican derechos económicos, políticos, sociales y, que en algunos casos, se vinculan a procesos insurreccionales, cuando en países como Guatemala el perfil de la guerrilla se indianiza.

Entonces, tanto la expresión dura y política del indianismo radical –la liberación nacional–, como la expresión culturalista –la recuperación de la identidad–, se expresan en la iglesia. Y como la iglesia es una transnacional, tú puedes rastrear a través de ella la relación de la dirigencia indígena centroamericana con la

chiapaneca. Ciertamente la iglesia no es el único componente de la emergencia indígena; pero sin la infraestructura, sin la logística, sin la elaboración intelectual de la iglesia o corrientes a ella vinculadas, el movimiento indígena mesoamericano no hubiera tenido el protagonismo que tiene.

Por el otro lado está el papel desempeñado por la guerrilla. En el caso de Guatemala, es claro que la frontera con México representó un espacio de refugio para la guerrilla de ese país. Y si al principio la insurgencia guatemalteca tenía un enfoque clásico, en sus últimas etapas asume intelectualmente que los indígenas no sólo son su base social, también son el sector dirigente.

El otro factor importante en la conformación de Mesoamérica como ámbito de convergencia es el concepto de reforma agraria que proviene de la tradición mexicana, pero que se traslada como bandera al resto de los países del istmo. En sentido inverso opera la tradición de sindicalismo agrario, un gremialismo que tiene historia en Centroamérica y casi no existe en México. En los países del istmo el sindicalismo rural está asociado a la presencia de las bananeras, involucradas en un cultivo que al suponer un proceso de trabajo casi continuo, favorece las labores permanentes y con ello la organización gremial. Entonces hay en la región tradiciones de sindicalización y de lucha por el reparto agrario; y en el caso centroamericano, tradición de sindicatos que reivindican derechos laborales y también el reparto de la tierra. Todo en un matraz de culturas políticas compartidas. Estos son los antecedentes.

Esta etapa de globalización, de desvalorización del mercado interno, de competencia feroz por las inversiones, es el tiempo de los tratados comerciales. Porque si en la globalización salvaje el mercado es el único dictador de las relaciones internacionales, hay que firmar acuerdos que faciliten los flujos de mercancía, de dinero. En esta lógica México hace una apuesta hacia el norte. Es suicida, pero también es lógico; no puedes tener 3 mil kilómetros de frontera con la economía más poderosa del mundo sin pensar que tu integración natural va a ser hacia allá. Esta apuesta hace que México quede medio balcanizado; porque la incorporación a este bloque tiene efectos de arrastre en ciertas actividades extrovertidas, no sólo la maquila, también la industria automotriz, entre otras, y el resto de la economía queda fuera de la jugada. No sólo eso, la apertura de las fronteras genera una competencia insostenible con las importaciones, así como una terrible mortandad y descapitalización de la pequeña y mediana industria. En cuanto a la industria grande, sin duda ciertos sectores se fortalecen, pero al articularse con las grandes corporaciones se generaliza la asociación asimétrica con el capital global, cuando no la simple venta. Entonces, si en el pequeño y mediano negocio hay mortandad, en lo tocante al gran capital sobreviviente lo que hay es desnacionalización.

Pero la víctima mayor es el campo, pues el desarme económico unilateral que se viene operando desde los ochentas ocasiona desagriculturización y descampesinización. La crisis golpea principalmente a los sectores campesinos orientados al mercado interno, como los cerealeros, pero alcanza también a exportadores, como los cafetaleros. La combinación de todos estos fenómenos tiene

efectos desastrosos para todo el país, pero sobre todo para el centro-sureste y en particular para las regiones indígenas.

– *¿Dónde se están configurando en la región, a tu juicio, potencialidades sociales y organizativas para enfrentarse al actual modelo de modernización capitalista?*

– El problema de Mesoamérica no es solamente un problema de pobreza por explotación del trabajador, es también y sobre todo un problema de exclusión socioeconómica, de marginación. Si tu eres campesino o jornalero es muy posible que estés produciendo o cosechando cosas que no tienen precio porque el mercado está monopolizado, pero también saturado; y si eres trabajador en una planta de montaje quizás resulta que te quedaste sin empleo porque cerró la maquiladora y tu capacidad laboral ya no sirve, ya no tiene demanda.

Esto desorganiza, desmoviliza, desintegra; provoca éxodos multitudinarios y estallidos desesperados. Para poder resistir organizadamente necesitas tener algún potencial, alguna fuerza y esta fuerza la tienen, por ejemplo, los cafetaleros. Sin duda, los precios actuales del café no pagan los costos y llevan más de quince años caídos. Y aun así, los huerteros del sureste mexicano se mantienen organizados, porque pese a la crisis el café es una actividad económicamente importante y globalizada, una cosecha de la que se exporta el 80 por ciento de lo producido, si no es que más. Hay redes internacionales en el grano aromático, tanto de las corporaciones capitalistas, como de las redes de comercio alternativo. Los caficultores, aún los más pequeños, están globalizados. Es una globalización de la miseria, es una globalización asimétrica, están en la parte más inhóspita de la cadena; pero están en una cadena, finalmente, y esto hace una enorme diferencia. Zapotecos del Istmo de Tehuantepec que hasta hace poco sólo hablaban la lengua local, que no dominaban el español, que no habían visto un teléfono en su vida; en los últimos quince años se relacionaron estrechamente con los consumidores y ciertos distribuidores en Holanda, en Bélgica, todo a través de las redes de comercio justo. Esto hace de un sector extremadamente pobre y en crisis un sector mundializado a la vez; hace que el sector cafetalero minifundista –del que Usabiaga dice que hay que “buscarles una puerta de salida” pues no pueden vivir del café– sea al mismo tiempo un sector organizado, combativo, propositivo, comparativamente poderoso.

El otro actor importante son los pueblos autóctonos. A los indios siempre les “ha tocado bailar con la más fea”; son el sector más pobre, el de menos ingresos, el de peores servicios. Pero a cambio de eso –o como resultado de eso– han desarrollado una fuerte cohesión comunitaria que se expresa en sus estrategias de sobrevivencia, en sus formas de revertir colectivamente la adversidad, que son mucho más poderosas ahí, en las comunidades autóctonas, que en el ámbito de las mestizas. Un ejemplo: como todos, los indios migran, pero por lo general ellos migran organizados, articulados en redes de protección que aún en el exilio

robustecen su identidad. Entonces no sólo envían dinero a sus lugares de origen, también mantienen la cohesión comunitaria a través de la organización multiterritorial y con frecuencia binacional.

Esto muestra cómo, en la penuria extrema, obtienen fuerzas de flaqueza; cómo la pobreza terminal y la marginación se asocian con el fortalecimiento de la identidad, con el crecimiento de la resistencia, con el embarnecimiento de la organización, incluso multinacional. Cafetaleros e indios (muchos son las dos cosas) del Sur, trabajadores rurales de la cintura del continente, mesoamericanos en común, que son el sótano social pero también la esperanza.

– *¿Qué otros actores sociales tienen presencia en la región? Hablaste hace un momento del sindicalismo agrario en Centroamérica: ¿hay presencia sindical en las redes regionales?*

– Por lo menos en el caso de los jornaleros agrícolas estables hay cierta tradición sindical que se ha expresado en los encuentros y foros mesoamericanos. Sin embargo, el reto mayor es el de los trabajadores agrícolas de tiempo parcial, que son inestables, nómadas; que van estacionalmente a las pizcas y que tienen una débil o nula organización para la resistencia.

En el caso de las industrias hay, o hubo, un sindicalismo mesoamericano, pero hoy está tan quebrado como la propia industrialización. En Nicaragua, por ejemplo, había un cierto movimiento sindical, pero hoy lo que se vive es un agudo proceso de desindustrialización que acaba con la resistencia laboral. Otro sector de protagonismo creciente es el que se ha dado en llamar “sociedad civil”, las organizaciones no gubernamentales (ONGs).

– *¿Cómo evalúas tú el papel de las ONG's?*

– Voy a ser un poco cruel. Me parece que en una región como la mesoamericana, con carencias abrumadoras y pobres recursos institucionales propios, una región siempre al borde del desastre meteorológico, económico, social, político, bélico, es una región donde inevitablemente la cooperación internacional va a tener una fuerte presencia. Por su fragilidad económica, ambiental, política, Mesoamérica ha requerido y requiere de recursos de cooperación, y esto genera un cierto tipo de intermediario, de interlocutor. Antes, todo ocurría a través de los Estados, pero en estos países –como en otros– los Estados son corruptos e ineficientes. Entonces las fundaciones y ONG's se fortalecen y ocupan espacios crecientes como intermediarios, como generadores, gestores y operadores de los recursos de cooperación.

Recursos sin duda útiles e importantes para los sectores populares; que sin embargo también han permitido que se profesionalice un tipo de interlocutores sociales peculiares, pues no son de base, no son gremios con la fuerza del número, pero tienen la fuerza de su calificación y de sus relaciones. Estos interlocutores expresan los intereses de su “población objetivo” y de sus causas: derechos humanos, medio

ambiente, género, indios, etcétera; pero sus prioridades son con frecuencia las de los agentes externos de la cooperación y no las de los destinatarios.

Hay, entonces, ciertos actores sociales que no son inmanentes, que no han surgido de procesos locales, que no están sostenidos desde abajo sino desde arriba. Y como estos actores manejan "la plata", son muy poderosos. Esto hace que la "sociedad civil" centroamericana sea fuerte, protagónica, visible, con mucha interlocución, pero también que sea una "sociedad civil" susceptible de someterse a agendas que no se definen desde la región.

El mundo de la llamada "sociedad civil" es un mundo intermedio, una suerte de mesocracia, donde las presiones y los conflictos son muy duros, porque son muy fuertes también los intereses en juego. En el caso de Centroamérica, me parece que es un sector sobredimensionado: países en general pobres, muy frágiles en su sociedad y en su economía, en donde los recursos de cooperación son vitales y, donde, por tanto, se desarrolla un sector profesional muy protagónico, un grupo de interés que en ocasiones maneja estos recursos de manera patrimonial. Esto es grave porque en ocasiones no sabe uno si la ONG es la que gesta y sostiene a la organización de base o si es al revés. ¿Quién decide? ¿Los pesos pesados, los actores sociales de masas, o los minimosca, los grupos profesionales de interlocución?

– *¿Cómo fue el proceso en el cual las organizaciones reunidas en los Foros Sociales Mesoamericanos se apropiaron en su discurso del término Mesoamérica, cuyo uso tradicional remite más bien a la antropología y a la arqueología?*

– No empieza con el nombre, empieza con el Plan Puebla-Panamá. Es esta la iniciativa multinacional de un gobierno que ya se siente parte del bloque de los países del norte porque tiene con ellos un Tratado de Libre Comercio. Así, para el presidente Vicente Fox el PPP es parte de una alianza estratégica con Estados Unidos, que incluye el ser el traductor y guía de turistas para con el resto de América Latina y, en primera instancia, con Centroamérica. El México norteadado de los neoliberales pretende ser gozne con el subcontinente: primero con Centroamérica y luego con Sudamérica.

En este contexto, surge de las fuerzas críticas y opositoras la convocatoria a debatir la ominosa iniciativa gubernamental; igual que surgen convocatorias a discutir, por ejemplo, el proyecto del Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA) cuyo carácter es continental. Quienes convocan son las redes que han estado habitualmente tratando estos temas, como la Red Mexicana de Acción Frente al Libre Comercio, que desde los debates previos al Tratado de Libre Comercio de América del Norte habían tenido cierta interlocución (lo que no había significado que se les tomara en cuenta).

El primer encuentro regional sobre el tema no se llamó mesoamericano sino Foro sobre Plan Puebla-Panamá, pues el motor de la convergencia multinacional era esta iniciativa de gobierno. Dicho Foro se realiza en Tapachula, Chiapas, pues ahí se facilitaba la llegada de los centroamericanos y resulta sorpresivamen-

te exitoso tanto por el número de asistentes como por la intensidad de los debates. El Foro pone de manifiesto varias cosas: el tema no solamente es el PPP como amenaza compartida, hay también una serie de asuntos comunes como son los derechos indios; la defensa de los ecosistemas, los recursos naturales y la biodiversidad; los problemas de la maquila negrera y contaminante pero también golondrina; la crisis de la agricultura campesina y la caída de los precios de las materias primas; la reforma agraria pendiente y su inadmisible sucedáneo, los "Bancos de Tierras"; la cuestión de la migración; el tema de los derechos humanos: civiles y económico-sociales, individuales y colectivos; la persistencia de la represión; el déficit democrático, entre muchos más.

En el segundo encuentro –que fue en Guatemala en Xelajú, Quezaltenango– hubo más participación de organizaciones sociales centroamericanas, porque al ser ahí les resultó más fácil asistir. En dicho encuentro hubo abundantes intervenciones sobre problemas agrarios, indígenas, de género y menos preocupación por ensañarse con el PPP.

El tercer encuentro fue en Managua, Nicaragua, y ya para entonces el PPP como tal estaba de capa caída –lo que no significa que los procesos y megaproyectos a él asociados no siguieran su curso predador–, de modo que el centro de los debates fue el reto de buscar una integración regional alternativa, una articulación desde los pueblos.

– Pero hay iniciativas que se están llevando a cabo con o sin PPP, por ejemplo, la referente a las carreteras, la integración en el rubro de la electricidad; eso se hacía antes y se seguirá haciendo después.

– En efecto. El Corredor Biológico Mesoamericano,² por ejemplo, que significa poner la preservación de los recursos en manos del Banco Mundial –la iglesia en manos de Lutero–, tiene ya mucho rato y no arranca con el PPP, que en términos financieros trabaja con el Banco Interamericanos de Desarrollo (BID). Tu puedes hacer la crítica y decir que todo es parte del mismo proceso, pero estas tendencias y su combate son cuestiones de mediano y largo plazo y no conviene centrarlas demasiado en un programa sexenal y, para colmo, devaluado.

La colonización salvaje de Mesoamérica viene de lejos y se sigue y se seguirá dando. Una región paradigmática de la resistencia a esto es el Istmo de Tehuantepec. Zona donde la transnacionalización es una amenaza cuando menos desde la época de Benito Juárez. Los proyectos han venido uno tras otro –uno de los últimos se

² El Corredor Biológico Mesoamericano se refiere a una serie de estrategias y proyectos en el sur-sureste mexicano y en Centroamérica impulsados por el Banco Mundial a partir de 1993. Las iniciativas que se articulan en torno al Corredor Biológico Mesoamericano incluyen proyectos orientados al desarrollo sustentable y la conservación del medio ambiente, pero también al manejo lucrativo y la privatización de los recursos biológicos de la región. Véase: Andrés Barrera Marín: "Los peligros del Plan Puebla-Panamá", en A. Bartra (coord.), *op.cit.*, pp. 134-214.

llamó Plan Alfa-Omega-, ahí está el petróleo, está el ferrocarril, está la carretera, están los puertos. De ahí que para los istmeños de a pie no sea ninguna novedad el que ahora el PPP incluya el proyecto transistmico, contra el que han venido luchando desde hace mucho tiempo.

Entonces, a todo esto le ponen Plan Puebla-Panamá, lo hacen más visible y facilitan nuestro trabajo. Pero si el primer foro no hubiera sido posible sin el PPP, en el segundo probablemente ya no era el centro, y para el tercero y el cuarto aún tenía menos relevancia. Y lo más importante es que ahora ya no se habla de "Puebla-Panamá", sino de Mesoamérica.

Se reinventó Mesoamérica. ¿Por qué? Quizás porque como concepto tiene una serie de virtudes. Por ejemplo, referirse a la región como Centroamérica –pues después de todo el sureste mexicano pertenece a ese ámbito geográfico– es del todo impracticable, pues los mexicanos de allá no se consideran centroamericanos y los guatemaltecos, salvadoreños, hondureños y demás, piensan que Centroamérica termina en el río Suchiate. Hay ahí un problema fuerte de identidad.

Entonces, mejor Mesoamérica, que suena a "América de en medio". Por otro lado, Mesoamérica te remite a la noción tal como la usan los antropólogos, etnólogos e historiadores, que se refieren a las "culturas mesoamericanas", tanto las que al final fueron de influencia mexicana como las del área maya. Hay, pues, un espacio muy definido y de abolengo precolombino. Pero además, dicho espacio se ha ido reconfigurando, reconstruyendo, es decir, ¿dónde empieza y dónde termina hoy Mesoamérica? Si tu dices que el concepto se fijó desde la Conquista, entonces hacia el norte termina donde empieza la aridoamérica de los llamados "chichimecas". Pero en verdad lo que sucede es que si consideras que Mesoamérica es un concepto que tiene que ver con la territorialización de las culturas y los imperios precolombinos, pues entonces, en efecto, Mesoamérica ya no existe. Pero si tu piensas que Mesoamérica es un concepto vivo que se enriquece y actualiza, entonces la expansión de la Nueva España expande el concepto y todo lo que hoy es México cabe ahí.

Pero además, hay una discusión básicamente política, que se refiere a si Mesoamérica es de Puebla para abajo o si Mesoamérica incluye completo a México. Yo creo que para que tal región se conforme como espacio y sus pobladores como sujetos se requieren muchas cosas, pero una fundamental es reconocer que México entero es parte de la nueva Mesoamérica. Y esta no es una cuestión geográfica sino una definición política, una "opción preferencial" por el Sur.

Así que la raya no pasa por Puebla, sino que llega hasta el Río Bravo y, si me apuran, diría que ya se movió hasta Iowa, hasta Illinois, hasta donde haya núcleos importantes y cohesivos de población mexicana y centroamericana. Poblaciones trasterradas que son el Sur norteño, la "barbarie" equinoccial entreverada en la civilización septentrional.

Sin duda esta amplia convergencia tiene su centro de gravedad en el "México profundo" del que hablaba Guillermo Bonfil, o la Mesoamérica profunda, de la que preferiría hablar yo. Pero es sólo el centro de gravedad, el núcleo identitario, el anclaje cultural e histórico, en términos de alineamientos políticos: norte con-

tra sur, modernidad norteadada *versus* vocación por la "periferia". En estos términos, que son los que me interesan, el sur empieza donde tu decidas, por el lado de arriba puede empezar en Puebla, como quiere Fox, o en el Río Bravo, o en "Oaxacalifornia", o en el Chicago latino, o en Alaska. Y por el sur puede terminar en Costa Rica, como quieren algunos, o extenderse hasta Panamá y tender lazos hacia la zona andina. Para los lados, baste señalar que en el Encuentro Campesino Mesoamericano de 2003, en Tegucigalpa, había representantes de Cuba y se decidió que la convergencia incluye también el Caribe. Depende de cada quién y de dónde se quiera colocar. Lo único claro es que se trata de una apuesta por el sur, por la América profunda, por los excluidos de la región; no sólo los de Centroamérica y el sureste mexicano, sino los excluidos del continente, donde quiera que estén.

Porque los campesinos pobres y marginados del norte mexicano, de zonas semidesérticas de Chihuahua, por ejemplo, están igual o peor que los de Chiapas o Oaxaca. Pues a la hora de la globalización comercial de algo sirven las vocaciones agroecológicas específicas y, mientras que los oaxaqueños y chiapanecos tienen ciertas "ventajas comparativas", es decir, producen café y cacao, los de Chihuahua cosechan lo mismo que se produce en Texas pero menos, pues los energéticos y el crédito son más caros aquí y son menores los subsidios. Entonces a los del norte la única "ventaja comparativa" que les queda es la cercanía de la frontera que les permite ir a trabajar a Estados Unidos.

Resumiendo, Mesoamérica como identidad y sujeto no es una realidad histórica y geográfica o social y económica, es una necesidad política, un proyecto en curso, una moneda en el aire. Es una apuesta arriesgada pues se la juega con el sur, con la "barbarie"; es una apuesta por la "civilidad" de los "rústicos", por la "urbanidad" de los "villanos". No es un plan diseñado desde las ciudades sino construido desde el campo, desde la periferia y no desde el centro, desde abajo y no desde arriba, desde la agricultura y no desde la industria. Sin embargo no es una visión ruralista, preindustrial, indigenista, antioccidental, sino otro modo de ver y construir la globalidad, otro modo de pensar y vivir la relación campo-ciudad, otro modo de concebir y estructurar la relación industria-agricultura, la relación norte-sur, la relación metropolitanos-orilleros, la relación integrados-excluidos. En el fondo es la elección de un sujeto, no una cosa inerte y dada sino una vocación, una voluntad, un proyecto.

Pero, a fin de cuentas, ¿quiénes están en esto? En primer lugar están los que asisten a los Foros Mesoamericanos, que son los que tienen la información, las ganas y también el dinero para pagarse el viaje. Entonces hay una fuerte presencia en este proceso de ONG's, de académicos, de expertos y también de los asesores y dirigentes de las organizaciones sociales. No es que esté mal, pero sin duda es selectivo y en cierto modo excluyente. Lo más grave es que a veces te desequilibra la agenda, el talante de los debates y el sesgo de las conclusiones y acuerdos. A mi juicio, en estos Foros empezaba a pesar demasiado el protagonismo de los expertos y de las ONG's y a diluirse las prioridades de las organizaciones sociales de base. Y como, además, estas tensiones son viejas, resulta que

empezaba a manifestarse el conflicto en las reuniones: quienes estaban en la mesa y hablando eran los intelectuales, los expertos, las ONG's, y quienes estaban en el público, escuchando, eran miembros de las organizaciones sociales. Los segundos estaban inconformes y lo manifestaban. Eso no sucedió en la primera reunión en Tapachula, pero sí en Xelajú y en Managua. Entonces surgió la idea de que en lugar de que las organizaciones protestaran mejor buscaran tener un acercamiento directo en sus propios términos y su propio espacio. Se planteó entonces hacer un encuentro de organizaciones sociales de base en torno a sus propios intereses y proyectos, un acercamiento que avanzara hacia una verdadera alianza social. Se organizó, entonces, un Encuentro Campesino Mesoamericano, cuya primera reunión fue de nuevo en Tapachula a principios de 2002. Tuvo muy buenos resultados, de modo que meses después se realizó un segundo encuentro, en Managua y, en el 2003, el tercero, en Tegucigalpa, donde asistió un fuerte contingente mexicano integrado principalmente por los grupos del Movimiento "El campo no aguanta más". Ahí se acordó formalizar la convergencia integrando el Movimiento Indígena Campesino Mesoamericano, el MOICAM.

En todo este proceso los mexicanos tienen un problema de identidad. Por una parte tenemos el TLCAN y más del 90 por ciento del comercio exterior con Estados Unidos; pero además tenemos 3 mil kilómetros de frontera con el "gaba-cho", trescientos millones de cruces anuales de la línea y 20 millones de mexicanos que viven allá, la mitad de los cuales nació en México y la cuarta parte no tiene papeles. En este sentido estamos estrechamente entreverados con el norte, somos binacionales. Pero también tenemos una identidad como nación, que nos viene de geografía, historia, medio ambiente, economía, sociedad, cultura; factores que tiran hacia abajo. No obstante, la relación con los centroamericanos, sin dejar de ser entrañable, es tensa y conflictiva. Porque los tratados comerciales de México con Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, son tan injustos para ellos como el TLCAN para nosotros; porque con los migrantes del istmo, la migra mexicana es tan prepotente como la de los gringos lo es con nosotros; porque para los catrachos, chapines, guanacos y pinoleros, México no es fraterno sino una suerte de *Big Brother* prepotente.

Los desencuentros son históricos, idiosincráticos. Pongo un ejemplo: en una reunión en Porto Alegre, Brasil –en el marco del Segundo Foro Social Mundial– un grupo de campesinos discutía fraternalmente sobre el futuro Encuentro Mesoamericano. Ahí no había distancias ni tensiones, todo era cercanía y fraternidad. Pero cuando un dirigente guatemalteco salió de la reunión para dar una conferencia sobre su tierra ante un auditorio brasileño de la Central Única de Trabajadores (CUT) explicó que Guatemala es un pequeño país de doce millones de habitantes y un territorio muy pequeño, pero que es la cuna de la gran civilización maya, una cultura que en su esplendor se extendía por amplios territorios que después México le arrebató a Guatemala. Y más allá de la verdad histórica de su aseveración, lo que importa es que dijo lo mismo que hubiera dicho un mexicano respecto de Texas, California, Nuevo México y el resto de los territorios de los que se apropió Estados Unidos. Si a esto agregamos los sufrimientos de los centroame-

icanos de a pie cuando cruzan México en su tránsito rumbo al sueño americano resultará evidente que el desencuentro es profundo y que la construcción de Mesoamérica tiene que pasar por un proceso de reconciliación. Trance donde la responsabilidad autocrítica recae principalmente en los mexicanos, que para empezar debemos reconocer la existencia de un problema que no siempre se manifiesta explícitamente.

– *¿Con o sin el Plan Puebla-Panamá las iniciativas por construir un movimiento social mesoamericano, es decir, redes regionales desde abajo, desde las organizaciones de base, se van a mantener?*

– Así es. Porque más allá de iniciativas de gobierno, Mesoamérica tiene sentido. Hay una socialidad y una experiencia compartidas, hay problemas, amenazas y enemigos comunes. Pero el del problema mayor es México, que no puede seguir siendo el perro guardián de Estados Unidos en la frontera sur, el portavoz de los intereses del ALCA en Centroamérica. El TLCAN de México con el llamado "triángulo del norte" (Guatemala, Honduras, Nicaragua) es peor que el TLCAN en términos de no reconocer las diferencias y, por lo tanto, no compensarlas. Entonces hay una urgencia de definición como país que inevitablemente tendrá que darse. Para que se dé en el sentido adecuado es necesario que la sociedad, que los mexicanos rasos, asuman tal definición y fuercen el viraje de los norteados de siempre que son los que gobiernan.

– *Pensando en otros movimientos y luchas en la región, por ejemplo contra la privatización del Seguro Social en El Salvador, me parece que, aunque hay cierta referencia regional e internacional en estas luchas, fundamentalmente siguen teniendo un carácter nacional. ¿Qué piensas sobre la relevancia del Estado-Nacional como marco de referencia para las luchas populares?*

– El acento está puesto en la globalización de la economía y en las grandes decisiones geoestratégicas que recaen en los actores multilaterales, en las transnacionales, en las superpotencias, en El Imperio, lo cual llevaría a pensar que no tiene mucho caso negociar con los gobiernos nacionales vaciados de contenido decisorio, que no tienen mucho caso las luchas nacionales porque ahí no se resuelve nada.

Yo creo que no es así. Pongamos un ejemplo mexicano: sin duda negociar el capítulo agropecuario del TLCAN será muy difícil si los socios, y en particular Estados Unidos, no quieren reabrirlo, pues los gringos tienen una enorme capacidad de chantaje. Entonces, ¿para qué están los campesinos discutiendo con el gobierno de México el contenido del Tratado si éste nada puede hacer? ¿Por qué presionan en lo nacional si la lucha es global? La respuesta es obvia, para los trabajadores rurales existe un actor inmediato que no es irrelevante, que para bien –o más bien para mal– es quien nos representa en las negociaciones, que es el que habla por el país. El gobierno mexicano es sin duda un interlocutor privi-

legiado, un actor al que hay que acotar y meter en cintura lo antes posible pues está negociando un ALCA que, en los aspectos agrarios, es igual de injusto y ominoso que el TLCAN. Entonces tienes que pararlo, tienes que obligarlo a rectificar si quieres atenuar algunos males y paulatinamente ir enmendando el rumbo de la agricultura y de su inserción asimétrica en el mercado agropecuario global.

Otro asunto son las políticas públicas respecto del campo. Independientemente del repliegue del Estado en lo tocante a sus responsabilidades para con el sector y de su limitada capacidad real de incidir con la fuerza con que antes lo hacía en el plano económico, los campesinos no pueden quitar el dedo del renglón: en términos ambientales, sociales, culturales y económicos, el campo es un asunto de Estado. La soberanía alimentaria y la soberanía laboral son atribuciones del pueblo mexicano pero deben ser ejecutadas por el gobierno.

Creo que los espacios nacionales y los Estados nacionales han sido trascendidos por escenarios mayores y correlaciones de fuerzas más amplias. Pero, acotados y todo, siguen siendo uno de los ámbitos de la lucha, de la resistencia, de la construcción de alternativas junto con lo local y lo global. Definitivamente, no comparto la idea de algunos fundamentalistas de la globalización y agoreros del vaciamiento de la política institucional según los cuales no tiene caso negociar con los gobiernos, es inútil ocupar lugares en las Cámaras legislativas, es perder el tiempo jugar el juego de los partidos, no vale la pena votar y mucho menos impulsar candidatos a puestos de elección.

Pero, además, no creo que ésta sea la experiencia cotidiana de las organizaciones gremiales. La mayor parte de los organismos sociales de base siguen dando luchas en espacios nacionales y con interlocutores institucionales; por más acotados y poco confiables que éstos sean. Porque es importante confrontar a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en reuniones como la de Cancún, México; es importante hacerle la vida imposible al Fondo Monetario Internacional; es válido fastidiar a los mandamás de las grandes potencias donde quiera que se reúnan. Pero la otra mitad de la lucha de clases se desarrolla en casa, en los ámbitos de los viejos y desfondados Estados-Nación. Y así será, cuando menos por un rato.